

ENRIQUE DE MESA, NOVENTAYOCHISTA MENOR

Este poeta es tan poco conocido aun dentro de España que, aunque contemporáneo, los manuales de literatura no están de acuerdo sobre el año de su nacimiento y oscilan entre tres fechas: 1870¹, 1878, que es la verdadera, y 1879². Del mismo modo, los críticos que se han ocupado de él, siempre rápidamente y con juicios muy someros, están discordes en clasificarle y unos le incluyen entre los modernistas, otros le ponen en el grupo de «reacción hacia la tradición clásica», es decir sin más anti-modernista; la mayoría le considera un poeta de gusto tradicional, influido por los clásicos, sobre todo por Juan Ruiz, el marqués de Santillana y los Cancioneros. Es verdad que no faltan algunos que le acercan a Antonio Machado, pero sólo por algunos elementos formales, sin que encuentren semejanzas de temas y de espíritu inspirador, que es lo que sólo puede justificar su inclusión en la generación del 98. Según Federico de Onís, su visión de Castilla le acerca a los noventayochistas, pero en él «esa visión de Castilla deja de ser problema y tragedia subjetivos para resolverse en descanso y serenidad»³. Lo que no es cierto, como vamos a ver. Solamente unos pocos⁴ apuntan la posibilidad de incluirle entre los noventayochistas, pero sin profundizar el problema.

Esto es precisamente lo que intentamos hacer a continuación.

Sabido es, ya la crítica acerca de esto está de acuerdo, que la generación del 98, entre otras características, tiene éstas: haber redescubierto la tierra española y en particular Castilla; haber hecho una crítica negativa de la vida española, política y social sobre todo; haber resucitado a los clásicos españoles.

Enrique de Mesa era castellano: nació en Madrid y en la corte vivió hasta la muerte (ocurrida en 1929), menós una corta estancia obligada en Soria, durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Por tanto, no extraña que tema de su poesía sea principalmente Castilla. Este elemento, claro está, no tiene entre sus temas la importancia que adquiere entre los

¹ HURTADO Y PALENCIA, *Historia de la Literatura Española*, Madrid, 1949, p. 925.

² A. VALBUENA PRAT, *Historia de la Literatura Española*, Barcelona, 1957, t. III, p. 594; Díez ECHARRI-ROCA FRANQUESA, *Historia de la Literatura Española e Hispanoamericana*, Madrid, 1960, p. 1295.

³ *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, Madrid, 1934, p. 630.

⁴ DÁMASO ALONSO, *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, 1952, p. 90; LÁZARO-CORREA, *Literatura española contemporánea*, Salamanca, 1966, p. 210

de Azorín o Unamuno o Antonio Machado, puesto que no se trata de la elección de esta región como la más representativa y castiza de España: sencillamente es su «patria chica».

En cambio, lo que adquiere un sentido particular y puede contribuir a hacerle incluir en la generación del 98, es cómo describe a Castilla, los detalles que escoge y las sensaciones que el paisaje despierta en él. Veamos estos versos, los primeros de *Caminera*:

Sol de mediodía. Castilla se abrasa.
Tierra monda y llana: ni agua, ni verdor,
ni sombra de chopo, ni amparo de casa.
El camino, blanco. Ciega el resplandor.

Polvo en los ribazos, secos los vardales:
calcinado el **guijo** de la carretera:
barbas amarillas en los pajales:
.....
El silencio vibra, y en la llana muda.
ni un árbol, ni un hombre, ni un humo, ni un canto⁵

Comparémoslos con estas líneas de Azorín:

«Y, ya fuera del pueblo, la llanura ancha, la llanura inmensa, la llanura infinita, la llanura desesperante, se ha extendido ante nuestra vista... Yo extendiendo la vista por esta llanura monótona: no hay ni un árbol en toda ella; no hay en toda ella ni una sombra.»⁶

Veamos ahora algunas estrofas de *Campos de Medinaceli*:

Campos de Medinaceli, ruta de la heroica gesta, terrón duro, blasonado por el casco de Babieca	Van trajinantes y arrieros, tras de sus cansinas bestias, caminando, embrutecidos con el vino de las ventas.
Bajo la parda anguarina transflorando el alma seca, cruzan pastores ceñudos, tras esmirriadas ovejas.	Ni un cantar. Sólo se escuchan, en lejanas tolveneras, los sonidos graves, lentos de las zumbas de las recuas ⁷ .

⁵ *La posada y el camino*: vers. 1-8; 19-20. Análoga es la descripción invernal en prosa que encontramos en *Flor pagana* (1905): «Por los jirónes de la niebla, asoman los rayos de un sol de invierno y su caricia se extiende por el albo terruño. Ni una casa, ni un hombre. De trecho en trecho, amarillean sobre la nieve las barbas de un rastrojo...» (*Serranas: De las ciudades viejas*, p. 33.)

⁶ *La ruta de Don Quijote, La primera salida*.

⁷ *La posada y el camino, Dulzamara*, vers. 1-4, 13-24

¿No nos recuerdan estos versos, con menos nervio por cierto pero con igual inspiración, aquellos otros tan conocidos de *A orillas del Duero*, de Antonio Machado?

... Oh, tierra triste y noble,
la de los altos llanos y yermas y roquedas,
de campos sin arados, regatos y arboledas;
decréptas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos, sin danzas ni canciones...

Con los mismos detalles nos representan el paisaje de Castilla los autores del 98 y Enrique de Mesa: llanuras sin confines calcinadas por un sol implacable, tierras áridas, sin árboles que den una sombra al caminante, campesinos sin alegría, agobiados, embrutecidos por la fatiga.

Dice Laín Entralgo hablando de la emoción de Unamuno ante el paisaje de Castilla: «Esta emoción ¿brota directamente de la tierra, como brotan de ella el color de la roca o la húmeda frescura del arroyo? No se trata de un sentimiento infundido en el alma del hombre por la naturaleza, a través de los ojos y de la sangre... Trátase de un sentimiento personal e histórico proyectado desde el espíritu sobre la tierra circundante. La historia, una personal visión de la historia y de la vida de España, se interpone entre el ojo y la superficie del paisaje. La interpretación sentimental y teológica que las palabras de Unamuno hacen del paisaje alto castellano no es ajena al mundo del recuerdo, esto es, a la vida personal e histórica: viendo así la tierra de Castilla, recuerda el vasco que sobre el suelo contemplado peregrinaron el Cid y San Juan de la Cruz. Ve Unamuno a Castilla desde la personal idea que de entrambos tiene; de ellos y de todas las grandes sombras del pasado de España»⁸.

Ya se sabe que lo que apunta aquí el crítico acerca de Unamuno es aplicable a toda la generación del 98. ¿Quién no recuerda los versos famosos de Antonio Machado?:

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,
madrasta es hoy apenas de humildes ganapanes.
Castilla no es aquella tan generosa un día,
cuando Mio Cid Rodrigo el de Vivar volvía,
ufano de su nueva fortuna y su opulencia,
a regalar a Alfonso los huertos de Valencia...⁹

La misma noble nostalgia inspira los últimos versos de *Caminera*, en los cuales la pluma de Enrique de Mesa se levanta a un nivel de dig-

⁸ *La generación del noventa y ocho*, Buenos Aires, 1947, pp. 20-21.

⁹ *A orillas del Duero*, vers. 49-54.

nidad poética que le hace merecedor a una estimación mucho mayor de la que goza en la actualidad:

¿Dónde está la Castilla de los Comuneros?
 ¿Cuándo el claro día, fuerte y español?
 Hoy Castilla duerme... Mas sus terrazgueros
 con el alma libre surgirá al sol.

No diferente es la idea inspiradora de *Campos de Medinaceli* (vs. 25-60):

¡Pobre terruñero, «exido»
 de tu chozo y de tu hacienda!
 ¿Dónde tu clara mañana?
 ¿Cúya la «gentil Castiella»?

Ya tu pecho no trasvina
 caldo de la antigua cepa:
 hoy tan sólo hieles mana,
 podredumbres y miseria.

¿Tendrás el corazón pardo
 como tu capa de yesca,
 y el alma gris, sin verdores,
 como tu llanura muerta?

Sangre de la sangre ardió
 con que **empapaste** las glebas
 suba a los nuevos racimos
 desde tu cárcava vieja.

Que a un rojo sol de justicia
 los verdes frutos enveran,
 y ha de permutar su mosto
 dentro de las odas nuevas...

Viejo Cid, ¿acaso nunca
 resurgirás de la huesa,
 a un empujón de tus hombros
 despelmazando la tierra?

Mira del toSCO villano
 las cortesanías zalemas,
 al señor, sin señorío,
 y alcorzada la realeza.

Blande tu lanza buída,
 de polvo y sangre orinienta;
 húndela en los pobres cuerpos
 amarillos de miseria.

En el camino, señor,
 por la llana polvorienta,
 mi corazón castellano
 ama, duda, sufre y sueña.

Y el mismo dolor en la visión de las condiciones actuales de la patria, el mismo deseo de resurgimiento le dictan a Mesa estos versos:

España, ¡pobre España!
 desnuda, yerma y sola,
 al correr de los siglos bien mostrenco,
 campo de aventureros en discordia:
 predestinado cuerpo sin cabeza,
 vetusta torre mocha
 sin bronce de campanas
 que repiquen a gloria,
 ¿no encontrarás la testa noble y limpia
 que se asiente en tus hombros poderosa?...¹⁰

¹⁰ *Piedras viejas*, en *El silencio de la Cartuja*, vers. 45-54

Todavía la misma añoranza de la gloria antigua, la misma exaltación del pueblo español de antaño, valiente y fuerte, la misma amarga descripción de la decadencia actual (tal vez más decadencia espiritual que económica o política), el mismo recuerdo de un grande espíritu del pasado —aquí santa Teresa— y el mismo deseo de resurgimiento, trasluce en los versos de *Ávila de los Caballeros*:

Recios, austeros, pardos muros
y torreones de un ayer,
testigos de los tiempos duros
de un pueblo que anhelaba ser:
rosados con el alba, oscuros
y fríos al anochecer;
hoy, cinturón de los impuros
logros de siervo y mercader.

Cubil de estériles afanes
y de sórdidos intereses
de usureros y ganapanes,
de curas y feligreses.

Antaño, nido de alcotanes,
se esforzaban los capitanes
y se alentaban los burgueses.

.....
Obispo letrado y guerrero
y fortaleza catedral:
sergas del monje ballestero
—la cruz, la flecha y el sayal—:
ansia del pardo comunero.

rienda al potro del Poder Real;
unión del noble y el pechero
en la mañana comunal:
honrado justo y derecho
hombre del burgo medioeval.

Tempera el sol, que claro brilla,
barbecheras y rastrojales:
tierra pelada y amarilla
que rasgan grises peñascales:
viejo terrón de la Castilla
sin el oro de los trigales.

Por el blancor de aquel camino
que los eriales atraviesa
de la sierra sin pan ni vino,
platicaba Santa Teresa.

.....
¿Dónde el empuje de tu gente?
Muerta Castilla, ¿dónde estás?
¿Duerme en tu entraña la simiente?
¿Ya nunca más?...

Es verdad que en los versos de Enrique de Mesa, al lado de la nostalgia de la gloria antigua, destaca un matiz social, y hasta a veces socialista. Sin embargo este matiz, frecuente en la poesía de Mesa, no nos parece oponerse a la ideología de la generación del 98. En efecto, el socialismo de Mesa, mucho más entusiasta que eficaz, no tiene el aspecto internacionista típico del socialismo europeo de medio siglo ha; al contrario, tiene sus raíces en la historia de España: en la Edad Media, en la cual pueblo y nobles peleaban juntos, guiados por el mismo ideal; en el movimiento de los Comuneros quienes, en época del más rígido absolutismo monárquico, supieron luchar por los derechos del pueblo. Sólo no olvidando este aspecto nacionalista, se comprenderá en su real significado la *Balada de sangre*:

Pastor, empuña tu cayada:
 la aurora en sangre clareó.
 Apareja, vaquero, tu honda.
 Terruñero, apercibe tu hoz.
 La tierra, de quien la cultiva;
 el grano, de quien lo sembró.
 Las manadas y los rebaños
 sólo saben tu silbo y tu voz.

.....

Al fin y al cabo, esta rebelión social, si es verdad que no podemos considerarla típica de la generación del 98, porque era un producto de la época, es también cierto que se encuentra en otros noventayochistas, y va desde el anarquismo total de Baroja hasta el utopístico comunismo casi religioso, nacionalista y universal de Unamuno, evidente en estas líneas:

«Borrada la funesta propiedad capitalista actual, convertida la agricultura en vasta explotación industrial, en libre aprovechamiento, aliviado el labrador por la máquina que le permita mirar más al cielo que une que a la tierra que separa. ¿qué se hará del apego al terruño? Convertido en amor de artista a su obra, servirá de materia al ideal cosmopolita, será la base sentimental e histórica de un sentimiento conceptual y filosófico, si cabe así decirlo; el hombre amará a la tierra que ha hecho, y este amor servirá de núcleo a la fraternidad universal. Entonces se verá potente e intuitivamente que la tierra ha sido humanizada por el hombre, entonces se vivificará el sentimiento patriótico por la fusión de sus dos factores: el que arranca del primitivo comunismo de tribu, y el que tiende al final comunismo universal¹¹.»

Pero el que más se acerca a Enrique de Mesa, por sentimiento inspirador e imágenes que lo expresan, aunque con menos truculencia, es Antonio Machado. Véanse, por ejemplo, los versos que cierra *El mañana efímero*:

... Mas otra España nace,
 la España del cincel y de la maza,
 con esa eterna juventud que se hace
 del pasado macizo de la raza.
 Una España implacable y redentora,
 España que alborea
 con un hacha en la mano vengadora.
 España de la rabia y de la idea¹².

Todo su amor por Castilla no incluye, en los autores del 98, a Madrid. Miseria material y miseria espiritual, suciedad y corrupción: he aquí

¹¹ *La crisis del patriotismo*, en *Ensayos*, Madrid, 1916, III, p. 41.

¹² *Campos de Castilla*: vers. 35-42.

lo que ven en la capital de España estos escritores que tanto aman a su patria.

No es difícil alegar pruebas de este disgusto que todos los noventayochistas sienten por la «villa y corte». Dice Baroja en *La dama errante*:

«Madrid entonces era un pueblo raro, distinto a los demás... Todo el mundo se acostaba tarde; de noche, las calles, las tabernas y los colmados estaban llenos; se veían chulos y chulas con espíritu chulesco; había rateros, había conspiradores, había bandidos, había matuteros, se hacían chacarrillos y epigramas en las tertulias, había periodicuchos en donde unos políticos se insultaban y calumniaban a otros: se daban palizas y, de cuando en cuando, se levantaba el patíbulo en el Campo de Guardias... Entonces, los alrededores de la Puerta del Sol estaban llenos de tabernas, de garitos, de rincones, lo que permitía que nuestra plaza central fuera una especie de Corte de los Milagros.»

No parece más indulgente para con Madrid la pluma de Antonio Machado:

En este remolino de España, **rompeolas**
de las cuarenta y nueve provincias españolas
(Madrid del cucañista, Madrid del pretendiente)...¹³.

Parecida la impresión que Madrid dejó en el alma de Unamuno cuando, en 1880, fue allí por vez primera para matricularse en la Universidad Central:

«... una impresión deprimente y tristísima, bien lo recuerdo. Al subir, en las primeras horas de la mañana, por la Cuesta de San Vicente, parecíame trascender todo a despojos y barreduras: fue la impresión penosa que produce un salón en que ha habido baile público, cuando por la mañana siguiente se abren las ventanas para que se oree, y se empieza a barrerlo. A primeras horas de la mañana apenas se topa en Madrid más que con rostros macilentos, espejos de miseria, ojos de cansancio y esclavos de la espórtula...¹⁴»

Comparemos con estos trozos el siguiente poema de Enrique de Mesa. Son evidentes las analogías en la inspiración y hasta en los detalles, que aquí cobran aun más evidencia por el contraste con los últimos versos:

MADRID

Afuera de Madrid: estercoleros;
medianerías rojas;
trozos de sembradura con senderos;
de vez en vez, un álamo sin hojas.

¹³ *En la fiesta de Grandmontagne*, vers. 59-61.

¹⁴ *Ensayos, Ciudad y campo*, Madrid, 1916, p. 165.

Un perro flaco en la basura husmea.
 La podre al sol: comadre y gallinas.
 En el silencio un vendedor vocea:
 «¡De Laredo, sardinas!»

Un grito, una blasfemia y una risa.
 Tiende ropa una vieja en su ventana.
 Un hombrachón, en mangas de camisa
 bebe y juega a la rana.

Carriles profundos en el suelo.
 Suena un reloj su hora.
 Una mujer espulga a un rapazuelo
 que, moqueando, llora.

Pobreza, suciedad. Por la bocana
 de la calle, que hiende el caserío,
 blanca y azul, lejana,
 la Sierra, madre del sediento río.

Por lo que atañe a la valoración de los clásicos, Enrique de Mesa está muy cerca al Azorín de *Los clásicos redivivos*. En varias composiciones recrea el ambiente en que vivieron grandes figuras de la literatura castellana: Gonzalo de Berceo en *El bon vino*, Santa Teresa de Jesús en *Ávila de los Caballeros*, Cervantes en *Alcalá de Henares*. Para este último, sin embargo, se necesita un discurso aparte, porque más que Cervantes es Don Quijote el que aparece, muy a menudo, en los versos de Mesa. Y aunque le encontramos recordado en todos los libros del poeta (también en las prosas de *Flor pagana*), hay uno dedicado precisamente a él, al sublime loco: como Azorín escribió *La ruta de Don Quijote*, Unamuno los *Comentarios a la vida de Don Quijote y Sancho* y Maeztu el ensayo *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*, del mismo modo en el *Cancionero castellano* de Mesa encontramos todo un grupo de poemas que lleva el título *Del solar de Don Quijote*.

Según Gonzalo Torrente Ballester «sólo a veces, ante el hombre de la sierra, lamenta que al lado de los Sanchos que la experiencia viajera pone en su camino, no vayan también los Don Quijotes, aunque esto es más utópico que un motivo típico de la época»¹⁵.

Estas palabras estarían justificadas si Mesa hubiese escrito sólo *Sin caballero*, el más conocido de sus poemas, que puede hacernos pensar en la casi inevitable asociación de ideas Mancha-Don Quijote. Pero en

¹⁵ *Panorama de la literatura española contemporánea*. Madrid, 1956, p. 246.

la obra de Enrique de Mesa hay algo más. La figura de Don Quijote adquiere a menudo el valor de un símbolo y a través de este símbolo el poeta expresa su melancólica resignación ante la mediocridad sin vuelos del presente de España:

EN UN LUGAR DE LA MANCHA

En vetusto caserón
una luz señera brilla.
Para el tren. En la estación
grita un mozo: «Argamasilla».

A la luz del alba cruda
gira el portón de un corral.
Sale un hombre. El alma duda
si será el loco inmortal.

No lleva lanza ni casco:
no es el caballero andante.
Es el bachiller Carrasco
que cabalga en Rocinante.

O nos dice el deseo de que España abandone su burgués buen sentido, para recobrar el brio y el entusiasmo que en otros tiempos hicieron de ella el imperio más grande del mundo:

Lanza el caballejo al trote.
Y al alejarse en el llano,
pienso yo: «¡Cuándo Quijano
volverá a ser Don Quijote!¹⁶»

El mismo deseo, la misma esperanza encontramos en las palabras de Unamuno: «¿Pero es que creéis que Don Quijote no ha de resucitar? Hay quien cree que no ha muerto; que el muerto, y bien muerto, es Cervantes, que quiso matarle, y no Don Quijote»¹⁷ Unamuno que había dicho: «Pégame tu locura, Don Quijote, pégamela por entero...»¹⁸ Porque él también, como todos los escritores del 98, como Enrique de Mesa, podía decir con Azorín: «Yo amo esa gran figura dolorosa que es nuestro símbolo y nuestro espejo.»¹⁹

ANNAMARIA GALLINA

Universidad de Padua

¹⁶ *El nieto de Quijano*, vers. 129-132.

¹⁷ *Comentarios a la vida de Don Quijote y Sancho*, parte II, cap. LXXIV.

¹⁸ *Id.*, cap. LXIV.

¹⁹ *La ruta de Don Quijote. La partida*.